

Cultura de humo

“HUMO que a lo lejos sueña...” Eso viene a ser la vida para Machado, poeta de alma otoñal. Otoño y humo. Es difícil ser otoño, decía Neruda. En Valencia, donde vivo, va a más la humareda estruendosa de las *masclatás*, hay más coches humeantes en las calles, llega a veces el olor ahumado de los incendios forestales, se les suben los humos a empresarios y políticos y, sin embargo, el mejor otoño se anuncia en la ciudad por la humareda de rastrojos quemados que algunas tardes de octubre llega desde los arrozales de la Albufera. Pese a todo, desaparece la cultura del humo. Los niños de la ESO

no conocen el humo de aquellos trenes que hacían toser en los túneles, no conocen el humo del hogar —ni el fuego: se cocina al microondas o sobre placas de vitrocerámica— y como no leen poesía en clase no saben nada del humo elegíaco

de los poetas. Los buenos poetas no hablan a humo de pajas. Ellos decían que somos *humus* y *fumus*, que todo, tú y ello, juntamente, acabará “en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada”. Todo humo, España entera humeante en el 36: “Oigo el humo de la especie, el humo del niño, el humo solitario de dos trigos...”, decía el *cholo* Vallejo.

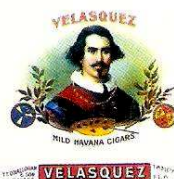
Humo bélico y humo de la escasa posguerra llena de tosedores y de tuberculosos. En ninguna obra literaria española el

tabaco tiene tanto valor existencial y sociológico como en *La colmena* de Cela. En el café La Delicia —nombrecito irónico—, “todos fuman”; el tabaco ayudaba a matar el tiempo, a envolver los amargos recuerdos de la guerra, a componer el gesto resignado y fatal del que cree que “las cosas pasan porque sí, y que nada tiene remedio”. El tabaco era signo social de la España racionada, del estraperlista con *veguero* y el intelectual que afanaba colillas. Fumar era entonces un vicio... varonil. ¿Acaso un placer? Entonces, pecado *habemus*. “¡Ay!, niña Isabel, donde hay placer, hay pecado! Fumaban las fulanas, las putas a la intemperie, las pupilas de burdel, las “queridas”, las pirujas de café y las provocadoras. Un libro para jovencitas —*Mujeres*, 1944— advertía de que “los hombres no consienten a su hermana o su novia que fumen, pero dirigen sus impertinentes galanterías a las mujeres que fuman en lugares públicos”. Mucha culpa la tenía el cine. Fumaban las extranjeras, las desvergonzadas y las *vamp* de película de espías, nórdicas de “idioma blanco”, que diría Lorca, como la gélida Marlene Dietrich: “He tenido que viajar muchas veces en este tren para que me llamen Shangai Lily...”, decía expulsando una bocanada desdeñosa. En cambio, nuestras folclóricas no fumaban. Sólo las regordetas cupletistas del Chantecler, pero iban para queridas de banquero, y las acompañaba su mamá, y manejaban mejor el abanico que la boquilla. Fumando espero al hombre que más quiero...

El cine sublimó la turbia humareda de nuestra infancia. Nos enseñó a tragar el humo de los héroes. La primera bocanada de Chester fue prueba iniciática, y el pitillo se alzó como símbolo fálico y emblema del valor. Fumar era estar en *disponibilidad*. Ellas, las universitarias, todas hijas de papá, fumaban con ademán de Doris Day, y según un

chiste de tímidos, las niñas pijas de la calle Serrano pedían fuego poniendo boquita de piñón y diciendo: “Incinérame el cilindrin”. A diferencia de lo que secularmente habían dicho los poetas petrarquistas, el humo no era imagen de lo inconsistente y fugaz, sino del mismo amor, su alfa y omega. Como en aquellos tiempos era más fácil consumir un pitillo que consumir un deseo, el cigarrillo *post coitum* era otro bello embuste de película, el final de una heroica odisea. Todo se leía en la pantalla del cine Aramo. La tragedia se mascaba cuando John Wayne liaba tabaco de picadura, o Clint Eastwood prendía el purito, aflaba el ojillo y mordía la venganza. Humo de *gangster*, pitillo de matón, habano de Edward G. Robinson, pitilleras de oro David Niven... Fuera del cine no pasaba nada. El tabaco se había hecho para el cine en blanco y negro, para decir eso de “siempre nos quedará París”, y tócala otra vez, Bogart, como si fuera esta noche el último beso a Bacall, *as time goes by*. En el cine actual sólo fuma la canalla.

AL ACABAR el siglo XX se ha desvanecido la cultura del humo. Como tema literario el tabaco dio para poco: un árido poema de 2.000 versos escrito por el ocioso cura italiano Girolamo Baruffaldi, cuatro ripios saineteros de Bretón y Vital Aza, o la novela ya clásica de Italo Svevo —*La consciencia de Zano* (1921)— sobre un cincuentón apocado que intentaba liberarse del tabaco y de la moral burguesa. Sin embargo, el tabaco dejó una estela de malditismo en la vida de Byron, Baudelaire, Valle Inclán —que recibía a los periodistas tirado en la cama fumando hachís—... hasta la generación *beat*. El humito, mi aliado, decía en sus libros Carlos Castaneda. Queda aún Cabrera Infante, expulsando volutas de humo y de palabras, más que nada para no olvidarse de que es anticastrista. Hoy el escritor es un tipo higiénico que chupa caramelitos de menta. Se esfumó la cultura del humo lírico, la literatura social del fumador y la mitología ahumada del gesto de fumar. La vida es más respirable y quizá menos misteriosa. No parece humo machadiano que a lo lejos sueña... 



El cine sublimó la turbia humareda de nuestra infancia. Nos enseñó a tragar el humo de los sueños y a perfilar el gesto de los héroes